

Emílio Vilaró

Mis
conversaciones
con la párca





Mis conversaciones con la pírca

Yo ya sabía que la pírca venía a por mí. Por úna pírte, éso dolía, ya que hásta ahóra me había sentido bién de salud como pára tenér que morir. Por la ótra, aquí, en ésta vída no me quedába náda por hacér y cási tenía interés en saber cómo acabába mi etápa temporál en la tiérra.

Tampóco me hacía ilusiónes sóbre ¿a dónde me íba a llevár?, mi vída había sído un desástre como ser humano. Hásta yo lo reconózco y no lo

justifíco. Pócas cósas recuérdo con orgúllo o de habérlas hécho bién.

A pesár de tódo ésto, y de considerárme de lo más despreciáble que háya existído, siémpre he pensádo que al finál, jústo en el último moménto, recibiré el perdón por tódo el sufrimiénto que he creádo, ya que tendré un moménto de arrepentimiénto o un gésto de bondád que lo compensará.

Si el castígo por cáda mála acción fuése castigádo de manéra inmediáta, tal vez yo me habría comportádo de ótra manéra o tal vez ya no existiría.

¿No sería lógico, que al ménos o parecído, al retráto de Dórian Gray, cuando hacémos algo málo, se reflejára al instánte en nuéstro cuérpo y no sóbre un cuádro escondído? ¿No sería de justícia que cuando hacémos algo mal, un horrible gráno de pus apareciéra en nuéstra cára, más gránde, más desagradáble cuanto peór séa el mal cometído?

Si tódo lo málo que hacémos apareciése o se mostráse al instánte en nuéstra salud o apariéncia física, ¿seríamos más buénos por miédo a úna

desfiguración?, o al contrario, si al hacer algo bueno quedara anulado en parte lo malo y mejorara nuestra salud, ¿no haríamos más obras buenas para mejorar nuestro aspecto?

Con esto no se lograría eliminar del todo el mal, siempre pensaríamos que lo podríamos compensar con algo bueno más tarde. Si todo lo malo fuese reflejado, sin opción a marcha atrás, sin tener posibilidades de perdón, ¿sería esta humanidad más buena? ¿Se ha equivocado el Todopoderoso al darnos el castigo o el premio después de muertos y no durante nuestra vida?

Y lo peor, algunos pensamos (desde nuestro punto de vista interesado), que lo que hacemos no es punible. Debería haber algo que nos lo informara, sin lugar a dudas, como un contador del bien o del mal. El equivalente a una balanza que nos indicase si aumentamos o bajamos de peso... que no mienta. Así, nos permitirá al saberlo, y si queremos, redimirnos comiendo menos. Este dispositivo sería algo así como el termómetro de la bondad.

El hecho de que el perdón exista o que creamos que lo podemos alcanzar, nos da mucha vía libre para cometer atrocidades. Siempre

pensándo, en que en el último momento se nos dará la dispensa o harémos algo que nos indultará.

El pensár que téngo el derécho o la posibilidad del perdón, me ha hécho múcho peór.

* * *

Díje, que la Párca venía a por mí, ya la he vísto várias véces ántes, en momentos en donde mi vida estába en pelígro. No sé si élla desaparecía al ver que yo no moría o a cáusa de algúna razón que no puédo comprendér, élla evitába que yo muriése.

Múchas véces, éso me hizo créer que yo éra cási inmortal. Ésto me hacía pensár que podía seguir haciéndo barbaridádes, arriesgár aún más mi vida, sin que náda pasáse. Piénso que élla tiéne algo de culpa de mi inménsa crueldád.

Tódo ésto se va a acabár, ahóra estóy en cáma, aquejádo de úna extraña enfermedad, la única gráve que he tenído en mi vida. Me ha dejádo en el lécho de la muérte, sólo, y a la espéra del final.

* * *

Oí sus pásos apresurádos subiéndo la escaléra, la puérta se abrió. Ánte mi desconciérto vi dos párcas

luchando por entrar. Duró poco la disputa, una le propinó un golpe brutal con la guadaña a su contrincante, esto hizo que entrase dando tumbos en mi habitación. Al caer se golpeó con el borde de mi cama, perdiendo su guadaña y casi el conocimiento. La otra permaneció unos segundos en la puerta sin entrar, miró a su colega, me arrojó una mirada y se marchó.

No tuve mucho tiempo de pensar sobre: ¿qué hacían dos párcas en mi casa? En ese instante noté que toda la energía volvía a mi cuerpo, me sentí como en el mejor día de mi vida. Pudo ser a causa de que al llegar ella, yo ya estaba muerto o al caerse, mi enfermedad había desaparecido.

Por un instante pensé en correr, en irme, no tendría otra oportunidad como esta, tal vez el golpe le había hecho perder el control sobre mí, yo estaba libre... de momento.

Me levanté de la cama, con mi energía recuperada. La párcas en el suelo tratando de levantarse, ayudándose con la guadaña...

No sé por qué lo hice, pero la cogí por el hombro con mi mano derecha y con mi mano izquierda su mano izquierda. La miré, era una

máno dígna, un póco fría, un póco arrugáda, con múchas vénas, muy oscúra, péro no los huésos bláncos que temía íba a ver. Le ayudé a levantárse, úna más de mis bravuconádas.

Sentí un temblór en élla... a mí, también me hízo estremecér.

La dejé caer sóbre mi cáma, al mismo tiémpo, le retirába la guadáña. No díjo náda, giró su cára hácia el ótro ládo, no se movió.

Me senté en úna sílla frénte a élla, debí dormírme, no sin ántes pensár en qué situación tan sorprendénte me encontrába. Cuando desperté, su cára, buéno, lo que debía ser su cára, réalmente no se la veía «sólo imaginába que había úna cára bájo la capúcha», estába giráda hácia mí como si me observáse. Hízo un gésto pára levantárse.

La tranquilicé diciéndole que había sído sólo un resbalón, náda le había pasádo, que se calmára, que descansára hásta mañána, luégo podríamos írnos júntos y reposádos.

Le mostré su hoz apoyáda sóbre el márcó de la puérta, lísta pára cuando la necesitáse.

A las priméras lúces de la mañána se levantó, cogió su guadáña, comenzó a caminá sin indicárme náda.

La seguí.

* * *

¿Cómo se acompaña a la párca?, a su ládo no me parece lógico, no sómos ni amígos ni iguáles, si bién sería el sitio más fácil y adecuádo pára seguirla.

Por delante no tiéne sentido, ¿cómo voy a ir delante si yo no sé a dónde me va a llevar?

¿Detrás?, ésto está bién, si no me ve, tal vez decída escapár.

Escogí lo último, no pára huír, síno porque creába úna relación de confiánza; élla dirigía y yo la seguía al sitio a donde me llevába. Tal vez lo híce así, curiósamente debído a que élla no indicába náda, no forzába.

Al cábo de un ráto de estár caminádo, yo ya no sabía en qué direcció lo hacíamos.

Me atreví a hablárle...

— ¿Hacia dónde está ése «sítio» al que me lléva?, ¿es ésta la dirección que debémos tomár?

—Dió un giro brusco de noventa grados y continuó.

—Ya véo, no impórta el camíno que tomémos, tódos nos llévan allá.

Estába cláro, no quería o no podía hablár conmígo, péro contestába.

Pués si no impórta el camíno, —le díje— si le parece bién y viéndo el día tan buéno que háce, podríamos paseár siguiéndo el sendéro que bordéa el río, es precíoso, así podrémos charlár, yo recorría tódas las mañanas la páрте que está cerca de mi cása. Dícen que ése ládo del río es muy bello.

No giró, sí noté que iba dándo úna curva inménsa, éso nos llevó al camíno del río y désde allí lo siguió.

Qué curíoso, yo debería estár aterrorizádo, sin embárgo me interesába más élla y lo que estába pasándo, que el tétrico futúro que me aguardába.

Lo reconózco, siémpre fuí un miseráble, péro el valór y coráje núnca me faltó.

Cuando llevábamos múcho tiémpo caminando, lo noté, cojeába un póco, debía estár cansáda. Túvo un pequeño tropiézo, si bién no cayó. Me acerqué y le díje: sentémonos un ráto en éste báncó cérca de la fuénte, téngo sed y a usted le hará bién descansár, nos aguárda un lárgo recorrido, de éso estóy segúro.

Se sentó miéntras yo hácia la inclinación pára beber. Qué estupidéz: pensé. ¡Si estóy muérto! Buéno, al ménos éso penába, así, en éste estádo, ¿cómo voy a beber? Toqué el água, estába fría.

Llené el cuénco de mi máno y bebí. De sabór como siémpre, buéna. La miré... a élla, mostrándole el água en mis mános, como preguntádo ¿cómo es que puédo beber?, péro giró su cára.

Seguía sin entendér náda, me encontrába bién, no me importába lo que íba a pasár. Quedaría pagádo y compensádo por lo interesánte que éra, lo que me estába ocurriéndo.

* * *

Me senté a su lado, ella, con las dos manos sobre sus piernas, la guadana sobre el borde del banco, miraba al frente.

Había llegado el momento que tanto había planeado en mi lecho de muerte. En él se basaba la única salida a tanto mal cometido durante mi vida: conseguir el perdón.

Comencé...

No sé, si es con usted con quién debo hablar sobre un tema que llevo meditando durante mucho tiempo, le agradecería que me escuchase. No creo que ya tenga más opciones de explicárselo nadie más, por lo que veo, usted me lleva directamente al sitio definitivo y final.

Yo he muerto por un problema de salud. He cometido un error con mi cuerpo y lo pago con la muerte, sin embargo, he cometido miles de cosas moralmente horribles y a causa de ellas nada me ha pasado, ni he muerto. ¿Tiene esto sentido?

¿Por qué el morir es algo más físico que moral? Por qué el fin de nuestra vida puede ser producido por un simple resbalón en la calle y no basado en conceptos éticos, morales o

sentimentales. ¿Es justo que un accidente del que no somos culpables nos lleve a la muerte? En cambio, al asesinar a cientos de personas de lo que sí somos culpables, como es mi caso, no nos pase nada.

Lo noté, ella hizo un gesto, no sé de qué tipo era. Pero sí, casi podía asegurar que se parecía al de repugnancia hacia mí.

Tendrá que reconocerlo Sra. Párca, la justicia humana es muy superior en ese aspecto a la divina. Si alguien comete algo atroz, se le piden cuentas inmediatamente, no se le dice... continúe usted haciendo barbaridades, ya las pagará cuando muera... y todas de golpe. Además, la justicia humana no permite el perdón o redención total inmediata, no permite que después de cometer un crimen el culpable diga: lo siento, me arrepiento, y ya no lo volveré a hacer más... para que todo quede perdonado.

¿Por qué al más cruel de los asesinos hay que esperar a su muerte, para juzgarlo en la otra vida, en lugar de impedir que siga haciendo maldades llevándoselo al instante de este mundo?

Me levanté, y pára dárme tiémpo ántes de continuár, volví a bebér algo de água, ésta vez se la ofrecí.

Sólo por curiosidád, algúnas persónas, muy culpábles, ya han pagádo con la cárcel por los máles que han hécho en ésta vída. En la ótra ¿también serán juzgádos? Se le darár úna reducció de su péna en el infiérno. O, por qué un pequéño o gran errór en ésta vída, hay que pagárlo en la ótra con úna condéna perpétua e infiníta, ¿no podría habér distíntos grádos de condéna, lo mismo que hay distíntos grádos de culpabilidad? La eternidád es múcha, demasiáda condéna.

Curiósamente, los pócós problémas físicos que he tenído, sí han afectádo a mi álma y espíritu, a véces, un símples resfriádo ha bajádo mi morál múchos púntos. Al contrário; cualquier cósa que hága buéna o mála, no ha tenído su correspondéncia en mi cuérpo físico, no recuérdo ningún dolór de cabéza después de habér asesinádo a vários niños.

Se giró, cruzó sus piérnas y sus mános...
estába asqueáda, péro interesáda.

Continué.

Éste es mi caso: Yo no he ni pagádo ni compensádo en ésta vída por los máles que he hécho, y no me arrepíento de éellos. Siémpre he sabído que no lo hacía bién, lo cual me háce todavía más culpáble. Núnca o cási núnca, el horrór que he creádo lo he hécho por necesidad. Y siémpre los crímenes cometídos me han dádo placér.

¿Téngo todavía algúna opción al perdón, estóy a tiémpo de hacér algo pára redimírme?

— ¿Va a matárme usted con la ésa inménna hoz? —Pregunté —.

Me había precipitádo, la palabra perdón la había alterádo, se levantó, se acercó a la fuente. Con la hoz, cortó con gólpes precíisos, rápidos y eficáces la múcha hiérba que la cubría, púde leér úna viéja inscripción tapáda por los años, «Fuénte de la etérna juventúd». Me había élla llevádo allí a propósito. ¿Pára qué?

—Dió dos gólpes enérgicos sóbre el suélo con la guadáña (como un... vále ya, te he escuchádo, has léido lo que díce la fuente, ahóra debémos continuár).

No había dúa, no hablaba, pero se estaba comunicando conmigo.

* * *

En realidad, no estaba entendiendo nada, ¿estaba yo muerto o no? Un muerto, después de beber de la «Fuente de la eterna juventud», ¿qué es: un muerto eternamente joven o un joven eternamente muerto?, ¿no hubiese sido mejor beber el «elixir de la vida eterna»? ¿Por qué me permite ella beber de esta agua cuando me está llevando al infierno?

Necesitaba una respuesta, así es que amplíe la segunda parte de mi comentario, haciendo énfasis en que la entendía. Su acción no era para mostrarme y saborear el tipo de agua que había bebido, sino para explicarme el experto uso que hacía de la guadña.

—Vaya, ya entiendo, la guadña no es para matarnos, claro, vaya trasto tan grande y viejo para hacer una cosa tan fácil. Cuando usted llega: o ya estamos muertos o eso pasará cuando nos entregue.

Usted viene para llevarnos, no para matarnos, «reconozco que carga y usa usted esa guadña

con mucha gracia y elegancia» a pesar de lo incómoda que debe ser. ¡Mire lo que le digo!, con su porte elegante, su elegante vestido negro, ese perfil tan nítido; cuando la miro sobre este cielo estrellado, si fuese pintor haría de usted una obra de arte.

No sé cómo ríen las Párkas, pero redujo un poco su paso. Paró, me miró, se apoyó sobre la vara un instante y continuó a doble paso.

Seré imbécil, cómo se me ha podido ocurrir decirle esto.

—Le pido disculpas, no he sido muy amable, tal vez yo podría ser un poco más agradable y colaborador si usted me dijese:

¿A dónde me va a llevar?

¡Ah! ya veo, al «sitio» de siempre. La verdad y no sé por qué, no creo que usted lleve mucha prisa, no sé si será por el golpe que se ha pegado, o porque no tiene ningún otro trabajo previsto. Ahora que lo pienso, qué mal lo debe pasar usted, vaya empleo cútire que le ha tocado, ¿no ha pensado usted en dimitir?

No hubo ningún cambio por parte de ella.

* * *

Hacia tiempo que caminábamos siguiendo caminos para mí desconocidos, ella avanzaba más rápido que de costumbre, a lo lejos iluminada sólo por la luna, una pequeña cabáña, en medio de un campo totalmente abandonado. Se acercó a la ventana, dentro, una habitación humilde sólo una pequeña mesa con una vela encendida iluminaba la estancia, un viejo cogía del hombro a la mujer con su mano derecha, y la iba paseando alrededor de la mesa mientras la miraba con amor.

La parca tenía la cabeza apoyada sobre el vidrio, su cuerpo temblaba.

Se puso a cortar toda la hierba que había desde la entrada de la casa, hasta el inicio del camino. Cogió parte de la hierba cortada, la llevó al establo en donde había un caballo, del pozo le dió agua. Le ayudé a hacerlo mientras ella cortaba más hierba. Yo la miraba con intensidad y sorpresa esperando que alguien aclarase todo esto, ¿de qué se trataba? ¡Un hombre y una parca haciendo de ganaderos!

* * *

Nuestro sendero, ahora ya no tenía árboles, ni montañas, ni luna, sólo oscuridad. Al fondo... algo siniestro hacía sospechar que era el final de todo, la puerta al más allá.

Désde hacía tiempo casi no veía su cabeza de lo inclinada que la llevaba.

Al ir acercándonos puede ver más párcas, unas regresando ya con el trabajo cumplido, otras acompañando a sus encargos, algunas arrastrándolos, y una más llevando a un niño pequeño entre sus brazos. Una última se acercó a mi párcas y le habló.

La mía, dejó que las otras párcas cumplieran con su obligación, cuando éramos ya los últimos, se acercó a la puerta, una entrada sin nada especial, un poco triste a decir verdad. Dejó la guadña apoyada en la pared.

Abrió la puerta, me puso delante de ella para que viése el horror al que iba a entrar, lo vi. Siénto su mano sobre mi hombro, siénto que me va a empujar, pone sobre mi espalda su capa, siénto que me retira de la puerta, entra en ella sin su guadña y la cierra dándome la espalda.

— ¡Cúida de nuéstrs pádres!, y desapareció.

Intenté abrir la puérta, no púde, la cuóta de ése día estába lléna y a nádie más se esperába.

— ¡Párca... herména mía! Grité

* * *

Recordé lo que núnca había querido recordár, cuando múchos años ántes abandoné a mis pádres y a mi pequéña herména. ¡Volveré cuando háya vísto múndo y séa ríco!, —les díje—. Fuí muy ríco, viajé tánto, lo he vísto tódo, péro núnca volví. Ahóra sin habérlos reconocído, mi herména se ha sacrificádo por mí. Y sí, éra élla la que me había cuidádo, duránte tóda la vída. ¿Por qué?

* * *

Cójo la guadáña, ya sé a dónde voy a ir, sé a quién voy a cuidár, en qué cámpo tan abandonádo la voy a usár y ya sé qué es lo que me va a redimír.

Qué vergüénza, qué injústo es, que en éste múndo a un ser tan cruél como yo, las cósas le sálgan tan bién.

FIN

* * *

Por Emílio Vilaró

**Las imágenes son con licencia Wikipédia
Cómmons**

**Éste documento está disponible en formato
.PDF, ePUB y .MOBI en nuestra página Web**

Mi blog literário

<https://cosasdeemilio.wordpress.com>

**Más de ciento cincuenta cuentos, relatos,
ensayos, recetas y novelas en:**

www.evifoto.eu

Comentarios a:

buzon@evifoto.eu



<https://www.facebook.com/emilio.vilarolucia>

Nóta del Autor:

**—Ésta obra está tildada, o sea: las palabras
llévan la tilde (´), en el sitio en donde está el
acento.**

Después de miles de lecturas de obras así escritas y leídas, podemos asegurár, que su lectura es la normal, al leer así, no hay ninguna diferencia de pronunciación a la habitual.

Si deséa sabér los motivos, ¿cómo se puede tildár de forma automática? Qué ventajas e inconvenientes tiene éste tildádo, puede leer éste documento:

http://www.evilmfoto.eu/pagina_cuentos/cuentos_21.htm

Modificaciones a 1230w:

**2106-01-15, 2106-01-28, 2016-01-29,
2016-01-30, 2016-02-23, 2016-02-25,
2017-01-29, 2017-02-10, 2017-02-11,
2017-09-06, 2017-09-09, 2018-01-09,
2018-02-09, 2018-05-15, 2018-12-24,
2019-07-06, 2020-06-04, 2020-06-24,
2020-06-25, 2020-06-25**